

# ESTUDIOS ECLESIÁSTICOS

REVISTA TRIMESTRAL

---

AÑO 9 — N.º 35

JULIO 1930

T. 9 — FASC. 3

---

## DOS PAPIROS EGIPCIOS DEL N. T. RECIENTEMENTE PUBLICADOS

Los papiros egipcios que afortunadamente se van descubriendo y publicando son ya, por su número y por su antigüedad, un factor importantísimo, y acaso decisivo, para la solución del problema de la crítica textual neotestamentaria. Su carácter fragmentario no les permite, sin duda, intervenir en la solución de todos los casos particulares; mas indirectamente su influjo se extiende a todo el N. T. La razón es clara. La crítica textual moderna no atiende principalmente al número de los códices que atestiguan una variante dada, sino más bien a las diferentes familias que representan. De ahí la importancia capital de estos dos problemas preliminares: la constitución, tendencia y valor de las diferentes familias primitivas, y la fidelidad con que cada códice representa el tipo a que pertenece. Y para lo uno y para lo otro pueden dar, y dan de hecho, mucha luz los papiros más antiguos, sobre todo los que datan del siglo III. Dos de estos papiros vamos ahora a estudiar, acaso los más característicos de todos, por lo menos los más interesantes para la solución de los dos problemas concretos, en que se halla, por así decir, atascada la crítica textual del N. T., principalmente de los Evangelios.

Estos dos problemas son: las recientes controversias sobre el llamado grupo Cesariense y el eterno problema sobre el valor del códice B. Para la solución de ambos problemas arroja notable luz el papiro de la colección de Michigan (n. 1570) <sup>p. 37</sup>, publicado en 1926 por H. A. SANDERS y minuciosamente estudiado por el P. LAGRANCE en *Revue Biblique* (1929, 161-177). Para la solución del segundo nos

parece decisivo el publicado (1) por GRENfell y HUNT en 1908 (*Oxyrhynchus Papyri*, n. 847 [VI, 4-6], 0162 de GREGORY-DOBSCHÜTZ, e 023 de v. Soden) y reproducido por WESSELY en 1924 (*Patrologia Orientalis*, XVIII, 454-455). Por su mayor importancia nos detendremos principalmente en el examen de  $\text{p}^{37}$ .

### I. EL PAPEIRO $\text{p}^{37}$ Y EL LLAMADO GRUPO CESARIENSE

No vamos a reproducir los incidentes verdaderamente dramáticos por los cuales ha llegado la crítica a la anagnórisis del grupo Cesariense. Partiendo de las familias I ( $\lambda$ ), y 13 ( $\varphi$ ), representadas por códices minúsculos relativamente recientes, y pasando por el grupo interesantísimo 565-700, que permitían subir al siglo IX, se llegó a los siglos VII-IX con el descubrimiento del famoso códice Koridethi ( $\theta$ ), que viene a ser como el jefe de la familia. Estudios posteriores han demostrado la afinidad de la familia con Eusebio de Cesarea y con Orígenes, lo cual nos permite finalmente ascender a los siglos IV y III. Al siglo III nos lleva igualmente el papiro  $\text{p}^{37}$ .

Dos puntos, interesantísimos sin duda, quedan todavía oscuros, a pesar de los últimos estudios de K. LAKE, R. P. BLAKE y S. NEW (2), que son la localización del texto en Cesarea y la exacta reconstitución de su arquetipo. Habremos de prescindir, sin embargo, de su estudio, por no disponer de los medios necesarios. Pero afortunadamente tampoco es ello necesario para el principal intento que nos proponemos. Partiendo del supuesto, ya generalmente admitido, y que comprobarán, según creemos, nuestras observaciones, nos limitaremos principalmente a examinar la índole y valor de la familia recientemente constituida, o, en otros términos, sus relaciones con las familias representadas por los códices A, B y D. Y como el tipo de texto represen-

(1) Propiamente no es papiro, sino una hoja de un códice en pergamino. WESSELY (loc. cit.) lo califica de esta manera: «Escritura uncial caligráfica del tipo del siglo III-IV.»

(2) *The Caesarean Text of the Gospel of Mark* by KIRSOFF LAKE, ROBERT P. BLAKE and SILVA NEW. Reprinted from *The Harvard Theological Review*, october, 1928, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1928. Puede verse la reseña que de esta obra interesantísima hacemos en *Estudios Bíblicos*, junio, 1930.

tado por estos códices se significa respectivamente por las siglas  $\alpha$ ,  $\beta$  y  $\delta$ , así expresaremos con la sigla  $\theta$  el representado por el códice  $\Theta$ .

Para simplificar, podemos prescindir de un estudio comparativo entre  $\theta$  y  $\alpha$ . La cronología es decisiva en este punto. Mientras el tipo  $\theta$  aparece ya por lo menos en el siglo III, en cambio el tipo  $\alpha$  no comienza a mostrarse hasta los códices del siglo V. Por tanto, en los casos de coincidencia entre los dos tipos, si existe dependencia, no es  $\theta$  quien depende de  $\alpha$ , sino  $\alpha$  quien depende de  $\theta$ . Por ahora no nos interesan estas coincidencias; más tarde habremos de volver sobre ellas para aclarar el valor del tipo  $\alpha$ .

Reduciremos, pues, nuestro estudio a la comparación entre el tipo  $\theta$  y los tipos ya conocidos  $\beta$  y  $\delta$ ; que en la práctica no puede ser otra cosa que un estudio comparativo de  $\theta$  y  $\beta$  entre sí y con D y B. Para ello dos métodos se ofrecen: uno cuantitativo, o sea, el de las estadísticas de las coincidencias y discrepancias, y otro cualitativo, o, mejor, mixto, en que se examinen preferentemente la índole y tendencia de las variantes.

El método de las estadísticas lo ha empleado, con resultado satisfactorio, el P. LAGRANGE (loc. cit.), tomando como base 60 variantes que resultan de la comparación de  $\theta$ <sup>37</sup> con los códices B,  $\aleph$ , W,  $\Theta$  y D. El resultado, sustancialmente exacto, es que  $\theta$ <sup>37</sup> coincide con  $\Theta$  34 veces, con  $\aleph$  34, con B 33, con D 26, con W 20; de los cuales discrepa respectivamente 26, 26, 27, 34 y 40 veces.

Pero, sin abandonar aún el método de las estadísticas, creemos que puede emplearse con mayor precisión. Para ello creemos que hay que descartar las variantes errantes o perdidas, en que uno de los códices se aparta de la lección común a todos los demás. En tales casos, la lección uniforme de los cinco restantes, por lo mismo que es la ordinaria, y la verdadera, no es apta para probar la afinidad entre estos códices. Descartadas esas lecciones errantes, que, repartidas entre los 6 códices, suman 37, quedan solamente 23 variantes útiles. Y aun en estas 23 variantes no tienen, evidentemente, el mismo valor o significación las coincidencias binarias (de 2 contra 4), las ternarias (de 3 contra 3) y las cuaternarias (de 4 contra 2). En el siguiente cuadro presentamos estas coincidencias, repartidas en cinco grupos: en el 1.º, se comparan entre sí los tres códices del tipo  $\beta$ , B,  $\aleph$  y W; en el 2.º se compara a  $\theta$ <sup>37</sup> con  $\Theta$ , y a cada uno de ellos con D; en los tres siguientes la comparación se establece entre cada uno de los códices

del tipo  $\beta$  con cada uno de los otros tres,  $\mathfrak{p}^{37}$ ,  $\theta$  y D. Y para que más fácilmente pueda apreciarse la afinidad de cada códice con cada uno de los demás, y también la afinidad de dos códices dados con la de otros dos, notaremos distintamente en las tres primeras columnas las coincidencias binarias, ternarias y cuaternarias, en la cuarta la suma total de las coincidencias, y en la quinta el número de las discrepancias, dentro de las 23 variantes.

B $\aleph$	coincid. bin.	3	tern.	2	cuatern.	10	total	15	discrep.	8
BW	»	1	»	2	»	6	»	9	»	14
$\aleph$ W	»	1	»	5	»	8	»	14	»	9
$\mathfrak{p}^{37}\theta$	»	1	»	3	»	7	»	11	»	12
$\mathfrak{p}^{37}D$	»	3	»	4	»	6	»	13	»	10
$\theta$ D	»	2	»	4	»	5	»	11	»	12
B $\mathfrak{p}^{37}$	»	3	»	1	»	7	»	11	»	12
B $\theta$	»	1	»	1	»	7	»	9	»	14
BD	»	0	»	2	»	3	»	5	»	18
$\aleph$ $\mathfrak{p}^{37}$	»	0	»	1	»	8	»	9	»	14
$\aleph\theta$	»	0	»	1	»	8	»	9	»	14
$\aleph$ D	»	0	»	1	»	5	»	6	»	17
W $\mathfrak{p}^{37}$	»	0	»	1	»	5	»	6	»	17
W $\theta$	»	0	»	1	»	6	»	7	»	16
WD	»	3	»	1	»	5	»	9	»	14

Este cuadro es altamente instructivo para apreciar la constitución interna de cada familia y las relaciones de unas familias con otras. Comencemos por examinar, o comprobar, las cantidades ya conocidas: B,  $\aleph$ , W y D. Las relaciones entre B y  $\aleph$  por una parte, y entre B y D por otra, son las que eran de esperar: el número de coincidencias entre B y  $\aleph$  es el máximo de todo el cuadro, el de discrepancias, el mínimo; en cambio el de coincidencias entre B y D es el mínimo, el de discrepancias el máximo. Esto demuestra que B y D se hallan, por así decir, en los dos polos opuestos. La comparación de W con B,  $\aleph$  y D parece muy extraña, pero es en realidad muy significativa. Dada la

evidente afinidad entre B y  $\aleph$ , parece que W habría de estar a igual distancia de ambos. Y, sin embargo, no es así. La afinidad de W con  $\aleph$  aparece casi tan estrecha como la de B con  $\aleph$ ; no obstante, la de W con B se muestra muy floja. Ambos,  $\aleph$  y W, se desvían de la pureza de B, pero no en el mismo sentido o dirección; que si la desviación fuera homogénea o rectilínea,  $\aleph$  quedaría a igual distancia de B y W. Y, sin embargo, los números dicen otra cosa muy diferente. La comparación de los tres con D corrobora, si ya no es que determina o precisa, la divergencia de  $\aleph$  y W respecto de B. Pues mientras  $\aleph$ , al apartarse de B, no muestra inclinarse hacia D, respecto del cual ambos se mantienen sensiblemente a igual distancia, en cambio W se acerca marcadamente hacia D. Las coincidencias binarias, sin duda las más significativas, entre W y D son precisamente las mismas que entre B y  $\aleph$ . Esto parece mostrar que dentro del tipo  $\beta$  se dibujan dos corrientes divergentes: una hacia D y otra hacia otro tipo diferente que vendría determinar.

La comparación de estos cuatro valores con los otros dos,  $\mathfrak{p}^{37}$  y  $\theta$ , que son los que ahora más nos interesan, es todavía más significativa o sugestiva. De los tres representantes del tipo  $\beta$ : B,  $\aleph$  y W (1), el que sin comparación más se acerca a  $\mathfrak{p}^{37}$  y  $\theta$  es precisamente el más puro, B. En este sentido los números son elocuentes y decisivos.  $\aleph$  y W comparados con  $\mathfrak{p}^{37}$  y  $\theta$  dan en las coincidencias binarias cero, en las ternarias sólo 1; mientras que las coincidencias de B con  $\mathfrak{p}^{37}$  y  $\theta$  dan en las coincidencias binarias respectivamente 3 y 1. Más aún: W, que es el que dentro del tipo  $\beta$  más dista de B y más se acerca a D, es precisamente el que más también se aparta de  $\mathfrak{p}^{37}$  y  $\theta$ . Esto prueba que las divergencias de  $\mathfrak{p}^{37}$  y  $\theta$  respecto de B son de índole muy diferente de las que apartan de B a  $\aleph$  y sobre todo a W. Podemos, por tanto, para determinar la tendencia característica de  $\mathfrak{p}^{37}$  y  $\theta$  prescindir de  $\aleph$  y W, que muestran una índole heterogénea, y concretar nuestro estudio a las relaciones de  $\mathfrak{p}^{37}$  y  $\theta$  con B y con D, con quienes muestran especial afinidad.

---

(1) Suele decirse que W en Mt pertenece al tipo  $\alpha$ . Más exacto sería decir que está profundamente contaminado por  $\alpha$ . Hemos examinado todo el evangelio de San Mateo, y hemos hallado en W muchas lecciones primitivas, que generalmente pertenecen al tipo  $\beta$ , no a los tipos  $\delta$  o  $\theta$ .

Las coincidencias binarias, ternarias y cuaternarias de  $\mathfrak{p}^{37}$  con B son respectivamente 3, 1 y 7 (= 11), con 12 discrepancias; las de  $\mathfrak{p}^{37}$  con D son en el mismo sentido 3, 4, 6 (= 13) contra 10. Sensiblemente  $\mathfrak{p}^{37}$  equidista entre B y D, con alguna mayor inclinación hacia D. Idéntica posición ocupa  $\theta$  entre B y D, si bien son menos tanto las coincidencias como las discrepancias. Las coincidencias de  $\theta$  con B son 1, 1 y 7 (= 9) contra 14, mientras que las de  $\theta$  con D son respectivamente 2, 4 y 5 (= 11) contra 12. Esta equidistancia de  $\mathfrak{p}^{37}$  y  $\theta$  respecto de los dos extremos opuestos muestra más su mutua afinidad que no sus propias coincidencias, que son 1, 3, 7 (= 11) contra 12 discrepancias. Pero notemos aquí una singularidad, cuyas consecuencias deduciremos más tarde. También W equidista entre los dos extremos B y D: 9 coincidencias contra 14 discrepancias son exactamente las de W comparado con B lo mismo que con D. Y, sin embargo, a pesar de esta posición igualmente intermedia entre los mismos extremos (B y D),  $\mathfrak{p}^{37}$  y W difieren entre sí tan radicalmente como B y D: señal evidente de que la tendencia característica de W y de  $\mathfrak{p}^{37}$  es totalmente diversa. Casi tan radical es la oposición entre  $\theta$  y W: nueva confirmación de la afinidad entre  $\mathfrak{p}^{37}$  y  $\theta$ .

Para concluir este punto de las estadísticas, notaremos por orden descendente las coincidencias entre los seis códices que examinamos:  $B_N = 15$ ;  $N_W = 14$ ;  $\mathfrak{p}^{37}D = 13$ ;  $B_{\mathfrak{p}^{37}} = \mathfrak{p}^{37}\theta = \theta D = 11$ ;  $B_W = B\theta = N\theta = N\mathfrak{p}^{37} = WD = 9$ ;  $W\theta = 7$ ;  $W_{\mathfrak{p}^{37}} = ND = 6$ ;  $BD = 5$ . Donde no deja de ser curioso que las coincidencias entre B y W sean las mismas que entre B y  $\theta$ , y dos menos que entre B y  $\mathfrak{p}^{37}$ . Y  $\mathfrak{p}^{37}$  se parece a W, tanto como N a D.

\* \* \*

El resultado del examen cuantitativo queda corroborado y precisado por el cualitativo, que es, sin duda, más fecundo y exacto. Limitándonos, como hemos advertido anteriormente, a los cuatro códices principales: B,  $\mathfrak{p}^{37}$ ,  $\theta$  y D, notaremos primeramente las variantes singulares o dispersas de cada uno, y luego sus coincidencias significativas.

**Variantes singulares de  $\mathfrak{p}^{37}$ .** Son en total 15: número, a primera vista, elevado; pero apenas superior a las variantes perdidas que

en este mismo pasaje ofrecen D o W. De éstas hay que descontar, por ser inútiles para nuestro objeto, 7 que son simples erratas o meramente ortográficas y no significativas. Tales son: v. 29 *τενηματος* por *τενηματος*; v. 31 *in ista nocte ista*; vv. 38, 40 y 41 el empleo del verbo *ἐγρηγορεῖν* en vez de *γρηγορεῖν*; v. 40 la lección dudosa *potuerunt* en vez de *potuistis*; v. 49 la omisión de parte del versículo, debida a un homoioteleuton.

Nos inclinamos a que son también simples *lapsus* las dos ligeras adiciones, de *et* antes de *Iesus* (v. 34), y de *autem* después de *sustinete* (v. 38).

Las 6 restantes son casi todas omisiones significativas. Notaremos al lado de cada una las autoridades que acompañan a  $\mathfrak{p}^{37}$ :

21 om. *quia* = 039, 245, 1402, 1555, syr-sin.

33 om. *illi* = 700, 1424, 517, 1675, 954, 349, 1188, syr-sin., *b*, *c*, *ff<sup>2</sup>*, eptern., Chrys.

42 om. *abiens* = 565.

42 om. *mi* = 1402, 1295, *a*, *c*, *h*, Ir., Cypr., Eus., Chrys., Hil.

51 om. *των*: tiene todos los visos de simple errata, en que  $\mathfrak{p}^{37}$  anda absolutamente solo.

41 *veniatis* en vez de *intretis*: lección abreviada (*ἐρχομαι* por *εἰσερχομαι*) que se halla en *b*.

Estas variantes (a excepción de la 5.<sup>a</sup>) no son casuales. Es digno de notarse que acompañan a  $\mathfrak{p}^{37}$  en la 1.<sup>a</sup> y en la 4.<sup>a</sup> el códice 1402; en la 2.<sup>a</sup> y en la 3.<sup>a</sup> los códices 700 y 565, tan característicos del tipo  $\mathfrak{d}$ ; en la 1.<sup>a</sup> y en la 2.<sup>a</sup> syr-sin., que muestra especial afinidad con el tipo  $\mathfrak{d}$ ; en la 2.<sup>a</sup>, en la 4.<sup>a</sup> y en la 6.<sup>a</sup> varios códices de la *vetus latina*. Por otra parte, la tendencia común y uniforme de estas cinco variantes, las únicas que seguramente no son erratas, es a omitir o abreviar: ninguna sustitución de palabras, ninguna amplificación, ninguna inversión: dato importantísimo, que luego utilizaremos.

**Variantes singulares de D.** De muy diferente índole son las variantes singulares de D, 14 en total, y ninguna quizá simple errata.

Cuatro son adiciones:

24 *ergo* después de *quidem* = Z, 482, Chrys.

24 *propter hoc* antes de *bonum* = *a* (?).

25 adición del artículo *o* antes de *Ιοωδας* = 174.

40 *suos* después de *discipulos* = 047, 1010, it., vg., aeg., pesh., aeth., Or., Hil.

La única omisión es la de ὁ antes de Πετρος (v. 35), en que D anda completamente solo.

Hay tres inversiones notables:

26 *Iesus accipiens* por *accipiens Iesus* = d.

50 *dixit autem illi Iesus* por *Iesus autem dixit illi* = it., vg., aeth., Lucif.

50 *ad quod venisti amice* por *amice ad quod venisti* = Ta., a, c, f, ff<sup>2</sup>, vg., Lucif., pesh.

Por fin, seis cambios de diversa índole:

23 ἐνβαπτομένος por ἐμβαψας = Ta.

23 *in paropsidem* (τοβ[α]λιον) por *in paropside* = a, c, aeg., Or., Clem.-Al.

28 ὄπερ por περι = o43, Or., Cyr.-Hier., Chrys.

36 *Gethsamani* por *Gethsemani* = f, r, arm.

47 *adhuc autem* por *et adhuc* = d.

51 *percussit.... et abstulit* por *cum percussisset.... abstulit* = it., pesh., harcl., Lucif.

**Variantes singulares de Θ.** Menos en número y menos características son las singularidades de Θ: siete en total. Una: *coeperunt* por *coepit* (v. 37), que no se halla en ningún otro códice, parece una simple errata (ἱρέαντο por ἡρέατο). También parecen erratas de ortografía otras dos: ἐγενηθη por ἐγεννηθη (v. 24) = A, y γηθσημανι por γεθσημανι (v. 36) = M<sup>2</sup> (K). Quedan solas cuatro variantes útiles, cada una de diferente carácter.

21 *edentibus autem* por *et edentibus* = Chrys. Corrección literaria.

36 *illis* por *discipulis (suis)* = fam. 13, 300, 954, 1574, arm. Abreviación.

42 add. *Iesus* después de *oravit* = N<sup>o</sup>, L, 892, fam. 1, fam. 13, 1424, 517, 1675, 954, 349, 1188, 1012, arm. Adición ampliamente representada, aun dentro del tipo β.

45 *appropinquavit enim* por *ecce (enim) appropinquavit* = fam. 1. Omisión de *ecce* y adición de *enim*.

**Variantes singulares de B.** Análogas en número y en especie a las de Θ (a excepción de la corrección literaria, de tipo α) son las singularidades de B: una omisión, una adición y una sustitución comprendiosa.

42 om. *dicens* = g.

45 add *enim* después de *ecce* == E, 482, syr-sin., sah., arm., Athan.  
51 *ipso* por *lesu*: sin otra autoridad.

Sin duda que esta afinidad de B con θ no es universal y constante; pero tampoco es un caso aislado. De todos modos corrobora la afinidad entre el tipo β y el tipo θ, cual aparece entre la tendencia de p<sup>37</sup> y la de B; que, si no coinciden materialmente en las variantes, coinciden empero formalmente en su tendencia característica. Esta observación, según creemos, podría ser un criterio o un indicio, más que la divergencia respecto de α, para reconstituir el arquetipo auténtico de θ.

\* \* \*

Al lado de las discrepancias o lecciones singulares hay que estudiar con no menor interés las coincidencias características. Si las primeras nos revelan la fisonomía de cada códice o familia, las segundas, en cambio, nos descubren los vínculos y el grado de parentesco entre los distintos códices o familias. En dos grupos hay que distribuir estas coincidencias: las de B con p<sup>37</sup> y θ y las de p<sup>37</sup> y θ entre sí y con D.

**Coincidencias de B con p<sup>37</sup> y con θ.** No son ni muchas, ni, sobre todo, muy significativas. Las especificaremos, con todo, por ser capital la consecuencia que de ahí se deriva. Las coincidencias binarias de B con p<sup>37</sup> son tres:

36 *Gethsemani*. Pero semejante coincidencia no significa gran cosa, por tratarse de una variante, que es la ordinaria, y que sólo tiene contra sí las singularidades de D (*Gethsa-*) y de W (*Gedse-*), reunidas en la variante *Gedsamani* de *a*, *b*, y algunas otras.

36 om. *suis* después de *discipulis*. Tampoco esta coincidencia es característica, dado que la omisión se halla en la mayoría de los códices. Es, con todo, significativa bajo otro concepto. La adición contraria, que se halla en D, y también en θ y W, parece una harmonización con Mc. 14, 32. Con lo cual se confirma la tendencia de p<sup>37</sup>, favorable a las lecciones breves y refractaria a las harmonizaciones. También es digno de consideración que esa adición harmonizante no se halla en el *Textus receptus*.

39 *progressus* por *accedens*. Aunque más restringida, esta variante se lee en bastantes códices y versiones, que no tienen especial afinidad con B. Pero por esto mismo el testimonio de p<sup>37</sup> corrobora de un

modo decisivo la autoridad de B, como veremos luego al discutir el valor de esta variante.

La única coincidencia binaria de B con θ es puramente ortográfica o grammatical:  $\alpha\pi\alpha\eta\gamma\sigma\iota$  por  $\alpha\pi\alpha\eta\sigma\eta$ , fuera de que recurre en bastantes otros códices.

Menos significativas son aún las coincidencias ternarias. Por de pronto, no existe un solo caso de la combinación  $B\mathfrak{p}^{37}\theta$ , que podría ser interesante. Las dos únicas combinaciones son:  $B\mathfrak{p}^{37}D$  (20 om. *discipulis* después de *duodecim*) y  $B\theta D$  (48  $\alpha\pi$  por  $\dot{\alpha}\alpha\pi$ ). Pero en ambos casos la presencia de D y su coincidencia con B muestra evidentemente que no se trata de una variante característica de ningún tipo determinado. Además, en el primer caso la omisión es común a la mayoría de los códices; y en el segundo las dos variantes, puramente gramaticales, se hallan repartidas por los códices casi por igual.

En consecuencia, la afinidad de B con  $\mathfrak{p}^{37}$  y θ es mucho menor de lo que parecían significar los cálculos numéricos. En cambio el examen cualitativo confirma plenamente y con creces la afinidad de  $\mathfrak{p}^{37}$  con θ y de entrampos con D, sugerida por el examen cuantitativo.

**Coincidencias entre  $\mathfrak{p}^{37}$ , θ y D.** Las binarias de  $\mathfrak{p}^{37}$  con θ son tres, todas muy significativas:

23 *manum mecum in paropside* por *mecum manum in paropside(m)* = 700, syr., pal., aeg., Ta., Or. La coincidencia exclusiva de  $\mathfrak{p}^{37}\theta$  700, dentro de los códices griegos, delata manifiestamente una variante característica del tipo θ; su presencia en las versiones y en Taciano revela su antigüedad, difusión y valor. El que se halle en Orígenes muestra la predilección del Maestro alejandrino por el texto cesariense.

44 om. *iterum*<sup>1</sup> = U, 042, 700, fam. I, 69 y 124 (de la fam. 13), a. También esta omisión es característica, pues todos los mss. citados pertenecen al tipo θ.

44 add. *iterum*<sup>3</sup> = B, N, L, 124 y 543 (de la fam. 13), boh., syr., a. Esta adición es interesantísima por dos conceptos. Primera mente, la distribución del triple *iterum* en los vv. 43-44 es exclusivamente idéntica en  $\mathfrak{p}^{37}\theta$  124 a: otro indicio, más eficaz aún, de la estrecha afinidad entre  $\mathfrak{p}^{37}$  y θ. En segundo lugar, la adición del tercer *iterum* en  $\mathfrak{p}^{37}\theta$  decide en favor de B & L, ya que sin su apoyo quedaría limitado a unos pocos códices del tipo β. Lo cual indica que la coincidencia de β y θ en sus representantes más antiguos es indicio de la bondad o autenticidad de una variante.

Las coincidencias de  $\text{p}^{37}$  con D son dos, y menos importantes:

34 om. *in* = it. Chrys. No es inverosímil que la omisión sea del tipo  $\delta$ . Su presencia en  $\text{p}^{37}$ , no corroborada por ningún otro representante del tipo  $\theta$ , acaso se explique por su tendencia marcada hacia la omisión.

44 om. *tertio* = A, K, 041, 043, 565, fam. I (casi entera), 1424, 71, 1574, 157, 1295, 472, 1515, *a*, *b*, *ff*<sup>2</sup>, *r*. El carácter típico de la omisión es bastante probable. Lo cierto es que las dos coincidencias son dos omisiones.

Entre  $\theta$  y D sólo hay una coincidencia cierta:

26 *eis autem coenantibus* por *coenantibus autem eis* = fam. I3, it., pesh., harcl. La inversión es medianamente característica. Podría muy bien ser del tipo  $\delta$ .

Hay otra coincidencia binaria entre  $\theta$  y D en una de las lagunas de  $\text{p}^{37}$ , cuya lección ignoramos:

36 *Iesus cum illis* por *cum illis Iesus* = *a*, *b*, *c*, *ff*<sup>1,2</sup>, *g*<sup>1,2</sup>, *q*, arm. No es improbable que pertenezca también al tipo  $\delta$ .

En cambio, otra coincidencia de  $\theta$  con D en una omisión, parece ser común a  $\text{p}^{37}$ , si bien se halla en una de sus lagunas, en la cual, con todo, no parece quede lugar para la adición contraria:

22 om. *ipsi* = 700, fam. I3, 1424, 517, 1675, 954, 349, 1188, 1604, it., vg., boh., aeth., Or., Eus. La presencia de 700, Or. y Eus., sumada al testimonio de  $\text{p}^{37}$  y  $\theta$ , acredita la índole característica de la variante, como propia del tipo  $\theta$ .

Las coincidencias ternarias ciertas de  $\text{p}^{37}$   $\theta$  D son dos, ambas muy significativas:

23 *manum mecum* por *mecum manum* = 700, syr., pal., aeg. Ta., Or.

29  $\pi\tau\omega$  por  $\pi\tau\omega$  = 565, 25, 1375\*, Clem.-Al., Or., Eus., Epiph.

El problema de estas coincidencias ternarias  $\text{p}^{37}$   $\theta$  D es el punto más oscuro e interesante, que pronto trataremos de dilucidar. Notemos ahora solamente que en las coincidencias binarias y ternarias que hemos examinado, aparece mucho más cierta y estrecha la afinidad de  $\text{p}^{37}$  y  $\theta$  que la de cualquiera de los dos con D. Y la coincidencia puede en absoluto explicarse tanto por un fondo común a los dos tipos  $\theta$  y  $\delta$ , como por la contaminación de los códices pertenecientes a un tipo por los del tipo contrario.

¿Cuál es la conclusión que se deriva legítimamente de todos estos datos? Más claro: supuesta, y comprobada, la existencia de la familia  $\delta$ , queda por resolver el problema principal: ¿es una familia mixta, en que se combinan los tipos  $\beta$  y  $\delta$ , o más bien una familia intermedia e independiente, cuyas coincidencias con las otras dos se han de explicar por el fondo común de donde las tres se derivan? El P. Lagrange opta decididamente por la primera solución (*Revue Biblique*, 1929, 507-510). Sin desconocer el peso de sus razones, nosotros nos inclinamos a la segunda solución:  $\delta$  es un tipo intermedio entre  $\beta$  y  $\delta$ , no mixto o compuesto de entrumbos. Propondremos sencillamente las razones que nos mueven a opinar de este modo.

Claro está que, cuando hablamos de un tipo intermedio, y no mixto, no nos referimos a ningún códice particular, sino al tipo mismo, o al arquetipo más o menos remoto del cual se derivan los códices. Con todo, dada la antigüedad de  $\mathfrak{p}^{37}$ , se realiza en él con suficiente fidelidad el carácter del tipo  $\delta$ . Así que, con las supuestas salvedades, a él nos referiremos ordinariamente.

Ante todo, es ciertamente un hecho que existen códices mixtos, o, mejor, de un tipo fuertemente contaminado por otro. Pero no es lo mismo familia o tipo mixto que códice mixto. Para que se dé una familia mixta es menester que la mixtura se haya verificado en el arquetipo mismo, del cual se deriven los códices que integran la familia. Si la mixtura se hiciera de por sí en cada uno de los códices, de ninguna manera se explicaría la unidad o afinidad de la familia. Así, por ejemplo, si  $\mathfrak{p}^{37}$  se hubiera formado directamente de la combinación de los dos tipos preexistentes  $\beta$  y  $\delta$  — lo mismo que en esa hipótesis se hubiera formado  $W$  —, el parentesco que resultaría en semejantes códices sería, naturalmente, el que en realidad existe entre  $\mathfrak{p}^{37}$  y  $W$ : esto es, nulo. Que ya hemos visto que  $W$  dista de  $\mathfrak{p}^{37}$ , lo mismo que  $D$  de  $B$ . Por consiguiente, en nuestro caso, si el tipo  $\delta$  fuese simple combinación de  $\beta$  y  $\delta$ , los códices que lo integran,  $\mathfrak{p}^{37}$ ,  $\Theta$  565, 700..... se derivarían de un arquetipo más antiguo, en el que se hubiera verificado la mixtura. ¿Revela las propiedades de mixtura semejante arquetipo, y aun el mismo fragmento  $\mathfrak{p}^{37}$ ? Creemos que de ninguna manera.

Admira el P. Lagrange (*ib.*, 510), y con razón, la «robusta sinceridad» del tipo  $\beta$ . Ahora bien, ¿no es igualmente robusta y sincera la índole de  $\mathfrak{p}^{37}$ , cual hemos podido comprobarla en las observaciones que anteceden? Pues, si en virtud de esa «robusta sinceridad»

no puede B ser el resultado de una mixtura, por idéntica razón tampoco lo puede ser  $\text{p}^{37}$ . Oigamos al mismo P. Lagrange: «Conviene repetirlo, lo que impide en absoluto alistar a P en el grupo D, es que no posee su carácter harmonizante, su prurito de claridad trivial, de una elegancia griega de baratillo: no es un *codex plenior* (ib., 171). Y, refiriéndose a las omisiones, que, como hemos notado, constituyen la característica más indudable de  $\text{p}^{37}$ , añade poco después el ilustre eruditario: «El sufragio de P acrecienta el valor de esas lecciones correctas, que muy bien pudieran ser auténticas» (ib.) Con lo cual,  $\text{p}^{37}$  resultaría superior al mismo B en robustez y sinceridad. Lo repetimos también nosotros: semejante tipo no es, ni puede ser, el resultado de una simple mixtura.

Hechos más palpables todavía descartan esa hipótesis de mixtura. Uno de los resultados inevitables de semejante procedimiento son las lecciones mixtas o combinadas. Ahora bien, tales combinaciones no aparecen en  $\text{p}^{37}$  ni siquiera en  $\theta$ . Señal evidente de que no son textos mixtos. Existe en esto un caso verdaderamente curioso. En el v. 45 existen tres lecciones: *ecce appropinquavit hora, appropinquavit enim hora* y *ecce enim appropinquavit hora*: simples las dos primeras, combinada la tercera. La primera, que es la de  $\text{p}^{37}$ , es la ordinaria y la auténtica; la segunda, singular, es de  $\theta$  y de la fam. I; la tercera, mixtura evidente de las otras dos, es precisamente la de B. En los cual  $\text{p}^{37}$  y aun  $\theta$  se muestran más sinceros y robustos que B. Tales mixturas serían frecuentes en  $\text{p}^{37}$ , si procediese de la combinación de  $\beta$  y de  $\delta$ , como se hallan en  $\alpha$ , cuando procede de la combinación de los mismos tipos.

Más aún: en el examen precedente de las variantes más o menos características de  $\text{p}^{37}$  y  $\theta$  no sólo no hemos descubierto ninguna que sea combinación de los tipos  $\beta$  y  $\delta$ , pero ni siquiera hemos hallado una sola variante segura y genuinamente característica de  $\beta$  o de  $\delta$ , que haya pasado al arquetipo de  $\text{p}^{37}$ . Las coincidencias que alguna vez existen entre  $\text{p}^{37}$  y  $\delta$  no son efecto de combinación o contaminación, sino, dada la profunda divergencia de ambos tipos, suponen más bien un fondo común. A no ser que supongan una contaminación de  $\delta$  de parte de  $\theta$ , o, en algunos casos, contaminación de algún códice de  $\theta$  de parte del tipo  $\delta$ , lo cual es ya muy verosímil. Pero son cosas muy diferentes la contaminación de un códice y la contaminación de un tipo.

Otro hecho muy significativo demuestra que aun en los casos de coincidencia no existe combinación o mixtura. Es muy digno de notarse que la afinidad entre  $\text{p}^{37}$  y  $\delta$ , cuando se da, es material; pues las tendencias características de entrumbos son diametralmente opuestas; en cambio, la afinidad entre  $\text{p}^{37}$  y  $\beta$  es más bien formal: es identidad o semejanza de tendencias: ambos propenden a las lecciones cortas; mas esas lecciones cortas no son las mismas en  $\text{p}^{37}$  y en  $\beta$ ; a la identidad formal se añade la divergencia material. Ahora bien, en la hipótesis de ser  $\text{p}^{37}$  un texto mixto, su afinidad con  $\beta$  y con  $\delta$  sería siempre material, ora con uno, ora con otro; y coincidiría con  $\delta$  no sólo en las omisiones, sino también en las adiciones y harmonizaciones; y con  $\beta$ , no sólo en propender a las omisiones, sino también materialmente en reproducir las mismas omisiones. Y, como hemos podido comprobar, no es éste el caso de  $\text{p}^{37}$  ni siquiera el de  $\theta$ . No existe, por tanto, mixtura, sino más bien posición intermedia, que consiste en su doble afinidad: con  $\delta$  en el fondo, con  $\beta$  en la tendencia. Entre los dos extremos  $\beta$  y  $\delta$ , que difieren tanto en el fondo como en la forma,  $\text{p}^{37}$  ocupa un lugar intermedio.

Otra razón es la ausencia de harmonizaciones. Sin duda que no es lo mismo combinación de tipos y harmonización de Evangelios; pero ambas proceden de una misma raíz: el espíritu de conciliación, la tendencia al equilibrio, que, como se manifestaría en la combinación de los tipos, naturalmente se manifestaría también en la harmonización de las discrepancias evangélicas. La ausencia, por tanto, de harmonizaciones arguye igualmente la ausencia de todo prurito de conciliación, y, por el mismo caso, excluye el procedimiento de combinación o mixtura.

Pero lo que más absolutamente excluye la hipótesis de la combinación son las numerosas variantes propias y características de  $\text{p}^{37}$  y más generalmente del tipo  $\delta$ . Si  $\delta$  se hubiera formado de la simple mixtura de  $\beta$  y de  $\delta$ , ¿cómo se explica la presencia de esas variantes típicas, que no se hallan en  $\beta$  ni en  $\delta$ ? ¿De dónde han salido? Lo que afirma el P. Lagrange, que «las lecciones personales de la familia son en extremo raras» (*ib.* 510), no es conforme a los hechos. Compárense las variantes singulares y las coincidencias características de  $\text{p}^{37}$  y  $\theta$ , que antes hemos consignado, y se verá que son mucho más numerosas y más significativas que las que en el mismo pasaje ofrece  $B$ ; y si no igualan en número y en rareza a  $D$ , esto sólo prueba que  $\text{p}^{37}$  y  $\theta$  no

son tan extravagantes como D. Lo que en el mismo lugar asegura el P. Lagrange, que «θ no es sino una suerte de media, un corte de cuentas entre B y D», ya hemos visto anteriormente que no es exacto; de todos modos no concuerda con lo que poco antes había escrito. Dice, entre otras cosas, refiriéndose a las omisiones y comparando a  $\mathfrak{p}^{37}$  con B, θ, W y D: «Resulta: P 20, B 15, θ 13, W 14, D 10. Es decir, que P es el más corto..... y D el más lleno (1). Están en los dos extremos. ¿Cómo podrían pertenecer a la misma familia? Hay que conceder, pues, que P y D, como entidades distintas, difieren mucho.» Concede luego que P y D «tienen en común la osadía de echar adelante, sin escrúpulos críticos de fidelidad.....: es un espíritu de independencia, que expresa el mismo carácter mejor que las semejanzas»; pero añade a continuación: «Sin duda, pero habría de acontecer que esas anomalías coincidiesen algo. Ahora bien, P contiene cierto número de ellas que se hallan absolutamente aisladas, o poco menos, y en todo caso sin el apoyo de D o de los latinos..... D, por tanto, se halla mucho menos frecuentemente aislado en sus audacias.....» (*ib.*, 169). Supuestos estos datos, conformes enteramente a la realidad, ¿es lógico concluir que  $\mathfrak{p}^{37}$  apenas tiene «lecciones personales», o que es una «media» o una componenda entre β y θ? Los hechos sugieren todo lo contrario.

A mayor abundamiento, examinemos las tres hipótesis que proponen Lake y Blake, y que estudia el P. Lagrange, sobre el origen y carácter distintivo de θ. Helas aquí: «1) O este texto (θ) ha nacido de la corrección de un texto *neutro* (digamos B) por un texto *occidental* (digamos D); 2) o ha nacido de la corrección de un texto D por un texto B; o el texto B ha nacido de la revisión de un texto cesariense» (*ib.*, 509). La tercera hipótesis la rechaza decididamente, y con razón, el P. Lagrange. Respecto de las otras dos, rechaza igualmente, con buenas razones, la primera, y se atiene definitivamente a la segunda, sin dar, con todo, ninguna prueba de su tesis, antes bien, dando por supuesto el punto controvertido. Pues dice: «En cuanto a θ, su carácter

---

(1) Sabido es que también D tiene numerosas omisiones, pero que son, muchas veces a lo menos, de índole muy diferente: las de β y θ generalmente reducen las expresiones a forma más breve o concisa, al paso que las de θ eliminan o suprimen expresiones enteras.

ter de *fusión* nos conduce a una de las dos primeras hipótesis» (*ib.*). Ciento, si fuera un texto *mixto*, suscribiríamos sin vacilar la tesis del P. Lagrange. Pero esto es, precisamente, lo que discutimos: si la posición intermedia de  $\theta$  entre  $\beta$  y  $\delta$  proviene, o no, de una fusión. De lo dicho hasta aquí se colige claramente, a nuestro juicio, que el origen de  $\theta$  no hay que buscarlo en la fusión de  $\beta$  y  $\delta$ . Pero no será inútil examinar nuevamente el problema desde el punto de vista de estas hipótesis.

«La primera, dice muy bien el P. Lagrange, queda manifiestamente excluida, por cuanto  $\theta$  ha eliminado precisamente las audacias y las particularidades que constituyen el carácter de D» (*ib.*). Luego D no pudo servir de criterio o piedra de toque para corregir un texto  $\beta$ . A la verdad, el Aristarco, que fijó el primitivo texto  $\theta$ , tan sobrio y ceñido como hemos visto, no pudo tomar a  $\delta$ , tan contrario a su austero criterio, como norma para corregir el texto  $\beta$ , tan conforme, por otra parte, con sus propias inclinaciones o principios críticos. Esto es claro.

Tampoco parece admisible la segunda hipótesis, que  $\theta$  procede de un texto  $\delta$  corregido conforme al texto  $\beta$ . Examinemos de cerca el caso. El severo crítico que va a establecer el texto  $\theta$  tiene en sus manos un texto  $\beta$  y un texto  $\delta$ . ¿Qué impresión han de producir en su ánimo esos dos textos? Naturalmente, de disgusto o desdén el texto  $\delta$ , de agrado y aprecio el texto  $\beta$ . En este estado de ánimo, ¿es verosímil que se entreteenga en eliminar, tomando por modelo a  $\beta$ , las redundancias y excentricidades de  $\delta$ , cuando lo que busca, lo que iba a hacer, lo tiene ya hecho, y bien hecho, en  $\beta$ ? ¿No es mucho más natural que, si conoce a  $\beta$ , deje a un lado a  $\delta$ , y adopte sencillamente a  $\beta$ , ahorrándose el trabajo de inventar la pólvora? En suma: para el recensor de  $\theta$  el texto  $\delta$  es absurdo, el texto  $\beta$  ideal; entonces, ya quién se le ocurre elaborar el texto absurdo para obtener un texto ideal, que ya existe?

No es menos poderosa otra razón. Si el texto  $\theta$  no fuese otra cosa que el texto  $\delta$  corregido conforme al texto  $\beta$ , las discrepancias del nuevo texto respecto de  $\delta$  serían otras tantas coincidencias con  $\beta$ . Pero ya hemos visto que no es eso lo que atestiguan los hechos. Las coincidencias significativas de  $\theta$  con  $\beta$  en lo material de las lecciones apenas existen: señal evidente de que el texto  $\beta$  no fué, por así decir, la cantera de donde se tomaron las piedras que llenasen los huecos

que resultaban de las eliminaciones verificadas en  $\delta$ . En particular, las omisiones o abreviaciones que aparecen en  $\delta$  habían de ser las mismas que abundan en  $\beta$ . Y no lo son. Hay, sin duda, afinidad entre la tendencia dominante de  $\delta$  y la de  $\beta$ ; pero de la identidad de tendencias al influjo de un texto sobre otro en sus materiales constitutivos, media un abismo. Lo primero, lo testifican los hechos; lo segundo, lo desmienten positivamente.

\* \* \*

Las consecuencias de nuestra tesis son enormes. Pero, si es verdadera, es lógico estar a las consecuencias. La existencia de tres familias igualmente primitivas,  $\beta-\delta-\delta$ , modifica sustancialmente el problema de la crítica textual del N. T. Von Soden, es cierto, quiso fundar la elección de las variantes en el acuerdo, parcial a lo menos, de tres testigos: H-I-K; pero él es el primero que en la práctica reniega de la ley fundamental de su crítica. Y no sin razón. El testimonio tardío y tendencioso de K no puede competir en manera alguna con el de los otros dos; ni siquiera el testimonio fluctuante o contradictorio de I es comparable al firme y coherente de H. De ahí la preferencia dada a este último. Y, a no haberse interpuesto con lamentable frecuencia el espantajo de Taciano, el texto de Von Soden se hubiera acercado más al de Westcott-Hort. Pero la nueva trilogía  $\beta-\delta-\delta$  es radicalmente distinta de H-I-K. En vez de K tenemos el tipo  $\delta$ , tan antiguo y coherente como  $\beta$ ; y aun I, al limitarse al grupo D, gana también en precisión y consistencia. En semejantes circunstancias ya no es tan arbitrario, generalmente a lo menos, dar la preferencia al acuerdo de dos testigos sobre el tercero discordante.

Esta consecuencia es de inmensos alcances, cierto; pero la tesis de donde fluye es por extremo sencilla; y no menos sencilla también la demostración en que se funda. Es digno de notarse este punto. El Padre Lagrange acepta y discute las tres hipótesis formuladas por Lake y Blake. Pero pronto se echa de ver, por poco que se repare, que semejante disyunción es incompleta. Es un hecho la doble afinidad de  $\delta$  con  $\beta$  y con  $\delta$ . Pero tal afinidad puede explicarse de dos maneras: o por fusión de  $\beta$  con  $\delta$  — como la del vino aguado —, o simplemente

por una posición intermedia entre ambos extremos — como la del hombre entre el ángel y el bruto —. Esta última posibilidad no se ha tenido en cuenta al formular las hipótesis: señal evidente de que el problema no ha sido bien planteado. Además, la hipótesis de la fusión, verificada a base de  $\delta$  corregido conforme al modelo de  $\beta$ , viene a ser una tesis positiva y compleja: para cuya demostración se requieren, naturalmente, más datos y más seguros que para la demostración de una tesis negativa y simple, la negación de la fusión, cual es la que hemos demostrado apelando al testimonio irrecusable de los hechos. Ahora que, si de la tesis, sencilla y sencillamente demostrada, se derivan consecuencias incalculables, no queda otro remedio sino atenerse a las consecuencias.

¿Será temerario sospechar que precisamente el miedo de esas consecuencias es el que ha determinado la hipótesis de la fusión? Más claro: ¿Se habrá descartado la existencia de una nueva familia independiente por el temor de que B, el admirado y rendidamente acatado B, pierda su posición privilegiada y predominante? No lo sabemos; pero no es imposible que semejante temor haya influido inconscientemente en la hipótesis de la fusión. Por nuestra parte no tenemos ningún interés en derribar a B de su pedestal. Lo más lógico es examinar atenta e imparcialmente el valor crítico de B. Este nuevo aspecto del problema es el que vamos a estudiar ahora a la luz de otro papiro del siglo III o IV, papiro interesantísimo, que es a la vez una comprobación y una limitación del valor de B. Sin este nuevo examen, serían prematuros e inconsistentes las consecuencias que de lo dicho hasta aquí parecen desprenderse.

## II. EL PAPIRO $\mathfrak{p}^{023}$ Y EL CÓDICE B

La estrecha afinidad entre  $\mathfrak{p}^{023}$  y B es manifiesta. Sólo la importancia del hecho nos mueve a comprobarla con alguna detención.

El papiro contiene Ioh. 2, 11-22. En este fragmento, suficientemente extenso para una comparación, las discrepancias se reducen a estas cinco:

12  $\mathfrak{p}$  *post haec*, B *post hoc*.

15  $\mathfrak{p}$  *quasi flagellum*, B *flagellum*.

17  $\beta$  *scriptus est*, B *est scriptum*.

19  $\beta$  *in tribus*, B *tribus*.

20  $\beta$  φοδομηθη, B οικοδομηθη.

Prescindiendo de la última discrepancia meramente ortográfica y en que andan divididos los códices del tipo  $\beta$ , y considerando el *scriptus* de  $\beta$  en el v. 17 como una errata manifiesta, en las demás discrepancias las lecciones singulares que se apartan del tipo común se reparten por igual entre  $\beta$  y B. De donde resulta la pureza de ambos documentos. Las dos únicas singularidades de  $\beta$ , bien insignificantes, son la sustitución de *haec* en vez de *hoc* y la adición de *quasi* (ώς). Las de B son la ligera inversión de *est scriptum* en vez de *scriptum est* y la omisión de *in*.

Esas dos singularidades de  $\beta$  y de B aparecen más insignificantes, si se las compara con las numerosas y notables variantes perdidas de  $\aleph$ , el hermano gemelo de B. Es conveniente consignarlas:

11 *gloriam* por *gloriam suam*. Omisión.

11 *discipuli eius in eum* por *in eum discipuli eius*. Inversión.

12 om. *et discipuli eius*. Otra omisión.

13 *prope autem erat* por *et prope erat*. Corrección literaria.

14 *et oves et boves* por *boves et oves*. Adición e inversión.

15 *fecit..... et..... elecit* por *et cum fecisset....., elecit*. Giro vulgar.

15 *oves et boves* por *oves (quo)que et boves*. Tercera omisión.

15 κατεστρεψεν por *ἀνεστρεψεν*. Sustitución.

19 δ 'Ιησους por *Iησους*. Adición.

20 *tribus* por *in tribus*. Cuarta omisión.

21 *corporis* por *corporis sui*. Quinta omisión.

Total 12 singularidades (contando las 2 del v. 14), distribuïdas en esta forma: 5 omisiones, 2 adiciones, 2 inversiones, 3 sustituciones: una ordinaria, una en sentido literario, y otra en sentido vulgar. El número, la calidad y la incoherencia de esas variantes singulares dicen muy poco en favor de  $\aleph$ .

No le va en zaga el códice recientemente descubierto W, que en Ioh. pertenece al tipo  $\beta$ . Son 13 sus variantes singulares:

12 om. *Capharnaum*. Omisión.

12 *et discipuli eius et mater et fratres eius* por *et mater eius et fratres (eius) et discipuli eius*. Primera inversión, y segunda omisión.

12 om. *ibi*. Tercera omisión.

14 κολλυβιστας por *κεριματιστας*.

15 *quasi flagellum* por *flagellum*. Adición que se halla en  $\beta$ .

16 *his qui vendebant columbas* por *his qui columbas vendebant*. Segunda inversión.

16 *et nolite* por *nolite*. Segunda adición.

17 *et recordati sunt* por *recordati sunt*. Tercera adición.

17 *scriptum est quoniam* por *scriptum est*. Cuarta adición.

20 *templum hoc aedificatum est* por *aedificatum est templum hoc*.

Tercera inversión.

20 *excitas* por *excitabis*.

21 *ipse* por *ille*.

22  $\gamma\mu\sigma\tau\eta$  por  $\eta\gamma\mu\sigma\tau\eta$ .

Predominan las inversiones (4) y las sustituciones (4); pero no faltan las adiciones (3) y las omisiones (3).

Al lado de esas alteraciones resulta casi incontaminado θ; además de una errata manifiesta,  $\kappa\sigma\mu\alpha\tau\iota\sigma\tau\alpha\zeta$  por  $\kappa\sigma\mu\alpha\tau\iota\sigma\tau\alpha\zeta$  (14), dos ligeras adiciones:

16 *et nolite* por *nolite*: común con W.

20 *dixerunt ergo ei* por *dixerunt ergo*.

Confirman la estrecha afinidad de  $\beta$  con B cinco coincidencias características, propias del tipo  $\beta$ , casi exclusivamente. Bastará enumerarlas ahora, ya que después las habremos de discutir. Son: v. 12 om. *eius*; v. 15 *pecunias* por *pecuniam*; v. 15  $\dot{\alpha}\nu\sigma\tau\mu\phi\eta$  por  $\dot{\alpha}\nu\sigma\tau\mu\phi\eta$ ; v. 16 om. *et* antes de *nolite*; v. 17 om. *et* (o *vero*) antes (o después) de *recordati sunt*. De las cinco, tres son omisiones.

Esta identidad casi matemática y tan característica de B con  $\beta$  es, como antes hemos indicado, una comprobación y a la vez una limitación del valor de B. Hablamos por ahora, no del valor absoluto de B, sino simplemente de su valor representativo dentro del tipo  $\beta$ , esto es, de la fidelidad con que representa el tipo. Vemos que las omisiones de *eius* (v. 12), *et* (v. 16) y *et* (o *vero*, v. 17) se hallan ya en  $\beta$ , que no son, por tanto, una innovación o distracción de B. Y en este sentido  $\beta$  es una comprobación o garantía de la fidelidad con que generalmente B representa el tipo  $\beta$ . En cambio, la omisión de *in* (v. 19) no se halla en  $\beta$ , como tampoco en ningún otro de los códices del tipo  $\beta$ . Esto hace sospechar que esa omisión, casual o consciente, sea propia del códice B, no ya del tipo  $\beta$ . Si en vez del fragmento  $\beta$  poseyéramos el códice íntegro al cual pertenecía, tendríamos un medio seguro para comprobar si las omisiones de B aparecen

por primera vez en el códice, o se hallaban ya antes en la familia. Indirectamente, con todo, poseemos un criterio para juzgar de las omisiones de B. Hemos visto que la omisión *in* (v. 19) faltaba a la vez en  $\beta$  y en los demás códices del tipo  $\beta$ . Luego es muy verosímil que siempre que se produzca el mismo caso, esto es, que las omisiones sean exclusivas de B, semejantes omisiones no sean propias del tipo  $\beta$ . Y como el valor de B estriba en la fidelidad habitual con que representa el tipo  $\beta$ , siempre que se compruebe que esta fidelidad falla, falla por el mismo caso el valor de B.

Pero este valor relativo de B no basta para resolver los problemas de la crítica textual. Es, por tanto, necesario conocer el valor absoluto de B, aun en los casos en que representa fielmente el tipo  $\beta$ , o, lo que es lo mismo, es necesario conocer el valor del tipo  $\beta$ , cuando anda solo o tiene contra sí el testimonio de los tipos  $\delta$  y  $\theta$ . Este es, a nuestro juicio, el gran problema de la crítica textual del N. T., sin cuya solución no puede menos de andar a ciegas. Es, pues, indispensable tratar de solventarlo. Y sin prejuicios. Nos limitaremos a las omisiones que se hallan en los representantes más antiguos del tipo  $\beta$  dentro del pasaje que examinamos. Son, al fin, el rasgo más saliente de este tipo. Y notaremos la restricción o difusión de las omisiones.

11 om. *suam: N\** absolutamente solo.

12 om. *in Capharnaum: W* igualmente solo.

12 om. *eius después de mater: W* también solo.

12 om. *eius después de fratres: p, B, 044, 083, L; fuera del grupo  $\beta$  coinciden 0141, 1071, a, c, e, Or., Chrys.*

12 om. *et discipuli eius: N*, seguido de unos pocos códices secundarios y de *a, b, e, ff<sup>2</sup>, l, q, arm.*

12 om. *ibi: W, 290, 047.*

15 om. *quasi: B, N, y la mayoría de los códices  $\beta$ ; coinciden  $\theta$ , 28, 700, fam 13; A con la mayoría de los códices. La adición contraria de  $\mathfrak{p}$  se halla en W y en varios otros códices dentro y fuera de la familia  $\beta$ , especialmente en 565 y fam. I.*

15 om. *τε: N\*, a, e, l, q.*

16 om. *et: p, B, N; coinciden casi todos los representantes del tipo  $\beta$  y la mayoría de los códices. Sostienen la adición contraria W, 33, 1241, del tipo  $\beta$ ,  $\theta$ , con casi todos los representantes del tipo  $\theta$ , varios otros códices y la *vetus latina*. La *vulgata Clem.* tiene la adición; la crítica, la omisión.*

17 om. *et* (o *vero*): *p*, B, *N*, L, 044, 083, 579, *boh*, todos del tipo  $\beta$ .  
 Fuera de él sólo X; además Or., Eus., Cyr.-Al.

19 om. *in*: B, sólo entre los códices. Coinciden Or., Tert., Ambrst.

20 om. *ei*: *p*, B con todos los representantes del tipo  $\beta$  (a excepción de 33) y del tipo  $\theta$  (excepto  $\theta$ ) y la inmensa mayoría de los códices.

20 om. *in*: *N*, acompañado sólo de *a*, *c*, *m*, *aur* y de los mejores códices de la Vulgata.

21 om. *sui*: *N\**, acompañado de cuatro minúsculos secundarios.

¿Qué juicio hay que formar sobre esas omisiones?

Por de pronto llama poderosamente la atención su número 14 en un pasaje relativamente breve. Este fenómeno muestra la propensión del texto  $\beta$  hacia la omisión. Pero esta apreciación general, si es un dato que no hay que olvidar, no basta para la solución del problema. De estas omisiones, algunas hay, como las de *in Capharnaum* o *ibi* de W (v. 12), que ningún crítico ha tomado en cuenta: son, evidentemente, ilegítimas; otras, en cambio, como la de *ei* (v. 20), han sido aprobadas unánimemente por los críticos: son, a todas luces, auténticas. Esto quiere decir que hay que examinar atentamente cada caso particular. Para lo cual, si no se quiere proceder a ciegas o arbitrariamente, hay que fijar los principios, que han de servir de norma o de criterio en la solución de los casos particulares. La determinación de tales principios es el punto vital y delicado de la crítica textual. Pero es necesaria.

Entre los dos extremos, igualmente viciosos, de los criterios apriorísticos y subjetivistas por una parte, y de la consignación bruta de los hechos por otra, está el justo medio, la sana crítica interna, que, sin prejuicios o postulados, estudia serenamente los hechos, para deducir de este estudio las leyes que los rigen. Este procedimiento, empleado en las ciencias más positivas, no puede ni debe omitirse en la crítica textual. Estudiemos, pues, en su integridad este fenómeno de las omisiones, para ver si logramos descubrir las leyes o principios que lo gobiernan. Hay que tomar el agua de más arriba.

La más ligera comparación de los códices, lo mismo que de las versiones y citas patrísticas, descubre luego una serie de fenómenos, tan curiosos como interesantes. Tales son, por ejemplo, las numerosas harmonizaciones, las interpolaciones o adiciones de todo género, las glosas o paráfrasis, las lecciones fáciles o cómodas, que huyen el cuerpo a la dificultad de ciertas variantes, las lecciones combinadas o

compuestas, los variados retoques literarios y, por fin, las numerosísimas omisiones, irregularmente distribuïdas por las diferentes familias o tipos. Dar *a priori* la preferencia a las omisiones o lecciones cortas parece tan arbitrario como darla a las harmonizaciones o lecciones combinadas. De hecho, como hemos advertido, omisiones hay, y no pocas, que todos los críticos han desecharido como equivocadas. Más racional que el principio «*lectio brevior, potior*», es el estudio del fenómeno y la investigación de sus leyes.

De las omisiones, unas son, evidentemente, involuntarias o casuales, y, por tanto, simples erratas, que no hay que tomar en cuenta; otras, empero, y no pocas, son, no menos evidentemente, reflexivas o sistemáticas. ¿Cuál fué su origen?

El texto redundante que tanto se extendió durante el siglo II, reclamaba una revisión severa: no menos que el texto interpolado de los poemas homéricos. En uno y otro campo la reacción fué enérgica. Se procedió resueltamente a la eliminación de lo que se juzgó redundante o interpolado. ¿Qué principios gobernarón esa eliminación o depuración? Evidentemente, entonces, lo mismo que ahora, estos principios *pudieron* ser o bien objetivos y documentales, o bien puramente subjetivos. Si en realidad fueron objetivos o subjetivos, eso no lo podemos nosotros determinar *a priori*: los hechos son los que lo han de decir. Interroguemos, pues, los hechos.

Hay un hecho que parece indicar que la eliminación de las redundancias, en lo que a los Evangelios se refiere, se hizo por principios, en parte a lo menos, subjetivos (1). En efecto, si para devolver al tex-

---

(1) Lo que sugiere el atento estudio de los hechos lo atestigua categóricamente Orígenes: «Ahora, ciertamente, es grande la divergencia que existe en las copias, ya provenga de la indolencia de algunos copistas, ya de la perversa temeridad de algunos (correctores) en la corrección de lo escrito, ya también del capricho de aquellos que en la corrección añaden o suprimen lo que se les antoja. Πολλὴ γέτονεν ἡ τῶν ἀντιγράφων διαφορά, ... ἀπὸ τῶν τὰ ἔαυτοῖς δοκοῦντα ἐν τῇ διαρθίσει προστιθέντων ἡ ἀφαιρούτων». *In Mt.*, 15, 14. MG., 13, 1293. Tres clases de erratas parecen indicar Orígenes en los mss.: las casuales, las mal intencionadas («doctrinalmente») y las arbitrarias, que subdivide en adiciones y omisiones. Existían, pues, omisiones arbitrarias. Esto escribía el gran Alejandrino en el comentario sobre San Mateo, en que, abandonado el texto  $\beta$ , usa el texto  $\delta$ . En consecuencia, ¿será temerario sospechar que esas omisiones arbitrarias son las del tipo  $\beta$ , principalmente a lo menos?

to evangélico su pureza primitiva se hubieran tomado como norma los ejemplares más antiguos y esmerados, análogos a aquellos de que habla San Ireneo (*Haer.*, 5, 30, 1), y que por entonces no debían faltar, naturalmente las eliminaciones u omisiones, como nacidas de un principio común, habían de ser uniformes. Los hechos, empero, dicen todo lo contrario. Ya hemos observado anteriormente que las omisiones del tipo  $\beta$  no coinciden en conjunto con las del tipo  $\delta$ . Pero hay más. Las 27 omisiones (llamadas tendenciosamente *no-interpolaciones*) del tipo  $\delta$  no se hallan ni en  $\beta$  ni en  $\delta$ . Añadamos a éstas los 1.000 y más omisiones propias de las antiguas versiones siríacas. Tan radical divergencia en estas omisiones no pudo provenir de la acomodación de los textos redundantes a los códices «antiguos y esmerados»; el resultado hubiera sido más uniforme y coherente. La discrepancia existente no se explica sino en la hipótesis de que cada crítico de por sí, al cercenar las redundancias, cortó por lo sano: olvidándose de aquel sabio aviso de los Proverbios: «Qui vehementer emungit, elicit sanguinem» (30, 33). Esta ley histórica de las omisiones nos debe hacer muy cautos en admitirlas. En general puede decirse que las que sean exclusivas de un solo tipo, deben desecharse como nacidas de un criterio subjetivista y, por tanto, sospechosas. En la desmedida preferencia dada a las lecciones cortas está principalmente el *splendidum peccatum* de Westcott-Hort, como decía el sensato Scrivener en el prólogo de su edición del *Textus receptus*. A la reacción hipercrítica de los Aristarcos del siglo II o III sucedió otra vez la falta de crítica, o la crítica vacilante, de los siglos posteriores. Sin recobrar todos los miembros mutilados, muchos códices volvieron a recargarse con las antiguas redundancias, antes justamente eliminadas: fenómeno algo parecido al de la infiltración de la *vetus latina* en los códices de la Vulgata. Esta crítica a medias, acompañada de cierta moderación y buen gusto, dió origen a la recensión antioquena o tipo  $\alpha$ ; esta misma crítica, unida a una osadía irregular, explica lo incoherente y abigarrado del códice D, en que chocan violentamente tantas omisiones con tantas redundancias.

Otro fenómeno, digno de atención, ofrecen las omisiones del grupo  $\beta$  o alejandrino. En los tipos  $\delta$  y  $\beta$ , nacidos acaso también en Alejandría, al ser trasladados a otros países parece dejaron de practicarse ulteriores eliminaciones; en Alejandría, en cambio, patria literaria de Aristarco y Zenódoto, no se abandonó el procedimiento de la elimi-

nación. Mientras B respetó con bastante fidelidad el arquetipo primitivamente circuncidado, como lo comprueba su identidad casi completa con  $\text{p}$  — y en esto está principalmente su innegable valor —, en cambio  $\text{N}$  y  $\text{W}$ , no contentos con las eliminaciones primitivas, añadieron otras por su cuenta. Estas nuevas eliminaciones u omisiones son, naturalmente, mucho más sospechosas que las comunes a todo el tipo  $\beta$ . Aunque ese empeño de abreviar no impidió la infiltración de algunas antiguas redundancias, ausentes igualmente en B..

A la luz de estas observaciones, si poseyéramos íntegros los textos evangélicos representados por los dos papiros que estudiamos, y además el arquetipo todavía no contaminado de D, el problema de la crítica textual sería bastante fácil de resolver. Pero no queda otro remedio sino atenernos a los medios de que disponemos, y sacar de ellos todo el partido posible. Providencialmente poseemos en B un excelente instrumento de crítica textual que, prudentemente manejado, en la práctica resuelve satisfactoriamente, por regla general, las dudas o conflictos. Mas para ello son indispensables dos condiciones: que B represente fielmente el tipo  $\beta$ , que es lo ordinario, y que además el tipo  $\beta$  no se halle completamente aislado. Ya hemos comprobado anteriormente que B se aparta de  $\text{p}$  y, a lo que parece, del arquetipo  $\beta$ , cuando se ve abandonado de los demás códices afines. Inversamente, por tanto, cuando B se vea seguido de otros códices del mismo grupo, puede ser considerado como fiel representante del tipo  $\beta$ . Pero esto solo aún no basta. Para que el testimonio de B ofrezca la suficiente garantía de que representa igualmente el texto primitivo y auténtico, es menester que no parezca aislado, que esté acreditado y comprobado con el testimonio de algunos códices más antiguos de los otros tipos. B y  $\text{N}$  sumados a  $\text{D}$  y aun a D, son bastantes, por regla general, para acreditar la bondad de una lección. Si Westcott y Hort hubieran condicionado con esta doble cautela el testimonio de B, nos hubieran dado una edición incomparablemente mejor y poco menos que definitiva.

Aplicados estos principios a las 14 omisiones anteriormente enumeradas, no es ya difícil ver luego que algunas hay que desecharlas, otras hay que aceptarlas: sólo sobre algunas cabe, a primera vista a lo menos, alguna duda o discusión. La discusión de las omisiones y de las demás variantes de ambos papiros en que discrepan las ediciones críticas del N. T. será el complemento de nuestra investigación. Mas

antes creemos indispensable precisar el carácter y determinar el valor crítico del texto antioqueno  $\alpha$ .

En todas las recensiones hay que distinguir dos elementos muy diferentes: el material que sirvió de base a la elaboración y las modalidades características, efecto de esta elaboración. Luciano, o quienquiera que fuese el autor de la recensión que dió origen al tipo  $\alpha$ , no creó un texto radicalmente nuevo, sino que tomando como base un texto antiguo, o una combinación de varios, le imprimió las modalidades que caracterizan el tipo  $\alpha$ . Estas modalidades son bien conocidas: pulimento gramatical o literario, claridad superficial, plenitud moderada, con sus harmonizaciones y lecciones confluentes o compuestas. Semejantes modalidades, fáciles por lo demás de discernir, imprimen al texto evangélico un sello de elegancia postiza, que desfigura su carácter primitivo, sobrio y austero. Y por ellas, pero sólo por ellas, el *Textus receptus*, que tanta boga alcanzó desde el siglo V hasta mediados del XIX, está condenado al descrédito, de que ya no se volverá a rehabilitar. Pero esas modalidades, por condenables que sean, nada tienen que ver con el fondo o material que sirvió de base a la recensión. Por esto, siempre que el texto  $\alpha$  testifica a favor de una variante que nada tiene que ver con sus modalidades típicas, no es justo desoír o rechazar su testimonio, ya que en estos casos representa un texto antiguo, tan antiguo acaso como el de las otras recensiones más antiguas. Ha expresado admirablemente este pensamiento, si bien desde otro punto de vista, el P. Lagrange, cuyas palabras creemos oportuno reproducir, por lo mismo que no se muestra nada afecto al texto  $\alpha$ . Hablando del método seguido por Lake, Blake y Streeter para determinar las variantes características del tipo  $\theta$ , escribe muy atinadamente: «En el momento en que explicamos cómo ellos el origen y la antigüedad de la familia  $\theta$ , se produce en nosotros una suerte de peripecia, acerca del método empleado para reconstituir el texto de la nueva familia. Se funda en una especie de fobia del *Textus receptus*. La lección de la familia resulta a veces la de un solo testigo. Él solo tendrá razón contra todos sus parientes, por cuanto son todos sospechosos de haber sido contaminados por el *Textus receptus*. Pero si ese texto — entiendo su forma antigua, que es K<sup>a</sup> de Soden para el señor Lake —, si ese texto es posterior al de  $\theta$ , ¿por qué el recensor no pudo tomar en cuenta a  $\theta$  para establecer su texto? En tal caso, una lección de  $\theta$  que se hallase, por ejemplo, en A, podría muy bien ser origi-

nal en la familia  $\theta$  y habría que restituírsela *quasi iure postliminii*. Sobre todo si no lleva el carácter distintivo de A, que es el de una lengua más acicalada. Sobre todo si se halla en el ms.  $\theta$ , menos contaminado por el *Textus receptus*. Además — pues la contaminación ha sido esporádica..... — , cuando se halla en todos los testigos, salvo dos, o a veces uno, ¿no es eso un indicio de que en realidad no hay tal contaminación, antes bien una lección originaria de  $\theta$ ?..... Esa fobia del *Textus receptus*..... resulta excesiva, si ese texto pudo ser tributario de  $\theta$ , como se sigue, creo yo, de las premisas puestas» (*ib.*, 511). No todo es, pues, reprobable en el texto antioqueno; no todo son modalidades de nuevo cuño; su fondo es tan antiguo como el de las otras reediciones; y si en la elección del material antiguo, en casos de discrepancia, pudo influir cierto eclecticismo cómodo y superficial — circunstancia que tampoco hay que olvidar — , también pudo influir el espíritu de sobria moderación y sensatez que le distingue.

### III. LOS DOS PAPIROS Y LAS EDICIONES CRÍTICAS

Los dos papiros, por cuanto representan las dos familias  $\delta$  y  $\beta$  en un estado más primitivo y puro que los grandes códices, pueden contribuir eficazmente a resolver ciertos conflictos de la crítica textual y dar su fallo sobre el acierto o desacierto de las ediciones críticas. Para ello basta aplicar los principios generales, antes establecidos, a casos concretos y particulares. Nos limitaremos a los casos en que discrepan las ediciones de Tischendorf, Westcott-Hort, Weiss, von Soden y Vögels, que designaremos con las siglas corrientes (en tipos cursivos) *T, H, W, S, V*.

$\mathfrak{p}^{37}$  = Mt. 26, 19-52

20 add. *discipulis*: *T, [H], S* = fam.  $\beta$  (exc. B) y  $\theta$  con bastantes códices secundarios y las verss. lat. y pesh. — om. *discipulis*: *W V* =  $\mathfrak{p}^{37}$ , B, D, 565, 700, fam. I, fam. 13, A con toda la fam.  $\alpha$ ..... Coincidan, por tanto, en la omisión las tres familias  $\delta$ ,  $\beta$ ,  $\alpha$ . Respecto de B, sea que represente la fam.  $\beta$ , sea que se aparte de ella, conserva todo

su valor. El juicio de los críticos es de valor desigual. *T* se inclina a la adición por *S*; *S*, porque sospecha en la omisión un tacianismo; *H* permanece dudoso: vacila entre *B* y la lección corta; *W*, en cambio, sigue ciegamente a *B*. *V* parece el único que juzga más imparcialmente: y, a nuestro juicio, acierta. La coincidencia de *B* con  $\text{p}^{37}$  y con *D*, y además con *A*, esto es, con las tres familias  $\vartheta$ ,  $\delta$ ,  $\alpha$ , parece señalar manifiesta de que la omisión no es tendenciosa, como que no es propia de una familia. La adición, además, huele a glosa. Nótese que en este caso *A* conserva la lección breve primitiva.

22 add. *eorum* después de *singuli*: *[S]* = las familias  $\vartheta$ ,  $\delta$ ,  $\alpha$ , íntegras, con dos códices y boh. de la fam.  $\beta$ , *Ta.*, *Eus.* — om. *eorum*: *T*, *H*, *W*, *V* = *B* con la mayoría de la fam.  $\beta$  y las verss. lat. y *Chrys.* La omisión es casi exclusiva de  $\beta$ : (10) parece, por tanto, tendenciosa. La vacilación de *S* es sólo debida a la presencia de Taciano. Por lo demás la omisión parece una enmienda literaria; la adición es más primitiva: es una redundancia popular, en cuya adición no hubieran coincidido las familias, menos aún  $\text{p}^{37}$ , si no se hallara en el original.

28 add. *novi*: *S* = *W*, *D*, con la inmensa mayoría de los códices; — om. *novi*: *T*, *H*, *W*, *V* = *B*, *S*, con la mayoría de la fam.  $\beta$ ,  $\text{p}^{37}$ ,  $\Theta$ , *sah.*, *Cypr.* Este es uno de los casos en que  $\text{p}^{37}$  y  $\Theta$ , los más antiguos representantes de la fam.  $\vartheta$ , inclinan la balanza a favor de la omisión. La adición, además, huele a glosa. La discrepancia de *S*, único de los críticos que admite la adición, no es de ningún valor, ya que se mueve por la sospecha de que la omisión es una harmonización con *Mc.* y *Hebr.* (!). ¿Por qué no se podría decir, inversamente, que la adición es una harmonización con *Lc.* y *I Cor.*? De hecho, en *Mc.* *S* califica la misma adición *novi* de harmonización con *Lc.*

39 *progressus*: *H*, *W*, *V* = *B* y  $\text{p}^{37}$  con numerosos representantes de todos los grupos, las verss. lat., *Or.*, *Hil.*, *Chrys.* — *accedens*: *T*, *S* = *S*, *W*,  $\Theta$ , *D*, con la mayoría de los códices. *B* y  $\text{p}^{37}$ , los más antiguos representantes de las dos familias  $\beta$  y  $\vartheta$ , asesorados por otros muchos y variados códices y por las verss. lat. parecen conservar la lección primitiva. La autoridad de los críticos no carece de tacha. *H* y *W* se deciden únicamente por la presencia de *B*; *T* por el testimonio de *S*; *S*, como de ordinario, porque ve en *progressus* una harmonización con *Mc.* Pero.... es el caso que muchos de los códices que aquí leen *accedens*, tienen la misma lección en *Mc.* Por esto en *Mc.* *S* rechaza esta lección porque la supone una harmonización con *Mt.* Además, *B* y

$\beta^{37}$ , como antes hemos comprobado, se suelen mostrar ( $\beta^{37}$  sobre todo) ajenos a toda harmonización. Nótese que también aquí el *Textus receptus* lee *progressus*.

42 add. *dicens*: *T*, *[H]*, *W*, *S*, *V* = todas las autoridades a excepción de *B* y *g*; — om. *dicens* = *B* y *g* solos. *H* duda de la autenticidad de *dicens*, simplemente porque no se halla en *B*, y por su preferencia apriorística dada a las omisiones. En caso tan claro esas dudas dicen muy poco a favor de *H*. ¡Hasta *W* abandona a *B*!

45 add. *enim* después de *ecce*: *h*, *W* = *B* con otras poquísimas autoridades citadas anteriormente; — om. *enim*: *T*, *H*, *S*, *V* = fam.  $\beta$  (exc. *B*),  $\beta^{37}$ , 565, 700, *D*, fam.  $\alpha$ , con la casi totalidad de las autoridades. Otro caso claro, en que *W* cede a su pasión dominante por *B*, y *H* titubea algo, concediendo a la adición un lugar al margen, a pesar de su propensión a las omisiones. Y es de notarse en este caso, como antes hemos observado, que la lección de *B* es confluente o combinada, de aquellas que constituyen una de las modalidades más comprobadoras del tipo  $\alpha$ .

42 add. *calix* después de *hic*: *V* = 892 y 1241 del tipo  $\beta$ ;  $\theta$ , 700, 22; 118; con la mayoría de los códices, varios de la vet. lat., vg., boh., pesh., arm., Hil.; — add. *calix* antes de *hic* = *D*, fam. 13, varios otros códices, sir-sin, *g*, *l*, Hil.; — om. *calix*: *T*, *H*, *W*, *S* = *B* con la casi totalidad de la fam.  $\beta$ ;  $\beta^{37}$ , 565, fam. *l*, *A*, *b*, *ff<sup>2</sup>*, *q*, harcl., aeth., Or., Eus., Ambr., Chrys. Los representantes más antiguos de las tres familias  $\beta$ ,  $\theta$ ,  $\alpha$ , corroborados por otros códices, versiones y citas patrísticas, deciden a favor de la omisión. La adición, además, suena a glosa: sospecha confirmada por el diferente lugar que ocupa en *D* y en  $\theta$ . Con todo, sin la presencia de  $\beta^{37}$  el caso no sería tan claro.

Existe en v. 29 una variante,  $\pi\omega$  en vez de  $\pi\pi\omega$ , que, aunque rechazada unánimemente por los críticos, merece más atención de la que los críticos le prestan. Su presencia en  $\beta^{37}$ ,  $\theta$  y 565 y en *D*, corroborada por la autoridad de Or., Eus., Clem.-Al. y Epiph., tiene todos los visos de ser la lección primitiva de las familias  $\theta$  y  $\beta$ . Y, si así es, como parece, contrapesa, y aun sobrepuja, la autoridad de  $\beta$  y  $\alpha$ . Por lo menos debería considerarse como lección alternante.

**p<sup>o23</sup> = Ioh. 2, 11-22**

Este fragmento está en peores condiciones que el anterior. Aquí **p** no puede tener otro efecto que corroborar (o desvirtuar) la autoridad de B, que no es poco. Por otra parte, hay una laguna en D. Por consiguiente, si podemos conocer mejor el tipo primitivo  $\beta$ , conocemos más imperfectamente los tipos primitivos  $\theta$  y  $\delta$ . Hay que proceder, pues, con mayor cautela.

12 add. *eius* después de *fratres*: *T*: todas las autoridades, menos las citadas a favor de la om.; — om. *eius*: *H, W, S, V = p, B, L, 044, 083*, del tipo  $\beta$ ; fuera de él, *0141, 1071, a, c, e, Or., Chrys.* La presencia de **p** accredita que la omisión es propia del tipo  $\beta$ ; pero las escasas autoridades de otros tipos no quitan la impresión de que la omisión es exclusiva de  $\beta$ , tan propenso a ellas, y por tanto no primitiva. Además, la omisión puede ser un retoque literario; y el cuño semítico del cuarto Evangelio hace más verosímil la presencia de *eius* que su omisión. Lagrange (*in Ioh.*) da también la preferencia a la adición.

15 *pecunias*: *H, W = p, B, W, L, 083, 33, 579*, del tipo  $\beta$ ; fuera de él, solamente *X, 213, b, q, arm., Or., Eus.*; — *pecuniam*: *T, S, V =* todas las restantes autoridades con la vg. Es sospechosa la autoridad de *H* y *W* al dar la preferencia a *B*, como también la de *T* al darla a *S*. *S* y *V*, ausente aquí el fantasma de Taciano, proceden más imparcialmente. A ellos se atiene Lagrange, con razón al parecer (*ib.*).

15 *ἀνετρέψεν*: *H, W = p, B, W*, a los cuales se suma  $\theta$  con varios otros códices dispersos, y además *Or., Cyr.-Al.*; — *ἀνεστρέψεν*: *T, S, V =* todas las demás autoridades, exc. *N* con algunos otros códices que leen *κατεστρέψεν*. La presencia de **p** es garantía de que *B* representa la primitiva lección de  $\beta$ ; por otra parte  $\theta$ , y acaso también *Or.*, indican que con  $\beta$  coincide el tipo primitivo de  $\theta$ . Entonces es muy razonable la preferencia, si bien moderada, que Lagrange da a *B*.

17 *vero* después de *recordati*: *V =* la inmensa mayoría de los códices, a excepción de los citados a favor de las otras variantes; — *et = W, e, f, ff<sup>2</sup>, l, q, pesh., pal., aeth., Epiph.*; — om. *vero* y *et*: *T, H, W, S = p, B, N, L, 044, 083, 579, boh.*, todos del tipo  $\beta$ ; además, *X, Or., Eus., Cyr.-Al.* Si *Or.* y *Eus.* representan aquí el tipo primitivo de  $\theta$ , y sólo en este supuesto, parece preferible la omisión. Lagrange la da por buena. De las dos adiciones (además de otras, menos documentadas),

*et*, que parece más primitiva, tiene escaso apoyo documental; *vero*, por el contrario, que tiene a su favor una gran mayoría, es en otros casos parecidos un retoque literario de *et*.

17 *est scriptum*: *W* = *B*, *Cyr.-Al.*, *Chrys.*, nada más; — *scriptum est*: *T*, *H*, *S*, *V* = todas las restantes autoridades (exc. *Epiph.*). La inversión de *B* parece una simple errata, que *W* ha tomado como la lección primitiva y auténtica (!).

19 add. *in* antes de *tribus*: *T*, *W*, *S*, *V*, [*H*]: todas las autoridades, exc. *B*, *Or.* (una vez), *Ambrst.*, que omiten *in*. Aquí *H* duda de la autenticidad de *in*, por su doble propensión a *B* y a las omisiones. Se explica dentro de sus prejuicios; lo que de ninguna manera se explica es que *W*, en circunstancias casi idénticas, en el caso precedente acepte el testimonio de *B* y aquí lo rechace. Y estos dos críticos, tan apasionados ambos por *B*, tan arbitrario además *W*, son los que ordinariamente deciden en la edición de *Nestle*. Más sensato se muestra *T*, quien en v. 20, en un caso idéntico, recusa el testimonio de *N*, que omite *in* antes de *tribus*. Y en los dos casos precedentes el testimonio de *p* deja en descubierto a *B*, que, aun dentro de su familia, queda completamente aislado. Es ésa una lección de prudente cautela para otros casos parecidos, en que *B*, no sólo disiente de las otras familias, sino aun de sus allegados más cercanos. ¡Ojalá no caiga en el vacío!

\* \* \*

La afortunada reconstitución de la familia *¶*, corroborada con *p*<sup>37</sup>, no deja todavía clasificado y organizado todo el material de que dispone la crítica textual. Al lado de los códices que integran las familias *β*, *δ*, *θ*, *α*, quedan otros muchos aglomerados en la clasificación de von Soden bajo la sigla *I*. Estén o no estén esos códices contaminados por el texto dominante *α*, ¿será posible reconstituir con ellos alguna otra familia independiente y distinta de las otras cuatro (1)? ¿Serán simple-

---

(1) Tal sería, por ejemplo, la familia *Z*, integrada por los códices 4-273-5<sup>66</sup>-899-1424, como propone SCHMIDTKE. Un estudio minucioso de los códices 157, 1071, 1604 y algunos otros acaso daría resultados no sospechados.

mente textos mixtos? No lo sabemos. Lo que urge es que los que dispongan de medios y espacio contesten con los hechos a estas preguntas. Si la crítica textual no ha de quedarse estacionada, es menester que deslinde bien las familias de los códices y demás autoridades, su antigüedad y tendencia típica, su localización y extensión, sus mutuas afinidades y discrepancias. Todo ello puede contribuir a aquilatar su valor. Y no es menos necesario investigar la fidelidad con que cada códice, los más antiguos sobre todo, representan el tipo de su familia. Si esto se logra, ya no será difícil hacer una edición crítica definitiva del N. T. Y se merece este esmero la palabra de Dios.

JOSÉ M. BOVER